

Paula Farias

**FANTASMAS AZULES**

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Paula Farias, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-202-6

Depósito legal: M. 304-2021

Printed in Spain

*A Orlando, bajo una manta de ganchillo.  
Y a Abdullah, bañado en lágrimas.*



# Simón

---

Que el olor a anís lo impregnara todo llenando las calles de una densidad extraña era, como cada año, el mejor anuncio de la inevitable primavera. Sin embargo, Simón concluyó que aquella sensación de hormigas en la nariz no podía ser otra cosa que el olor que desprende el miedo ajeno.

—Es por las hormonas. Con la tensión se te disparan y te hace oler diferente. Y es obvio que aquí hay mucha tensión —dijo en un tono que pretendió didáctico.

Mahmud, ya prudente tras varios días a su lado, se limitó a sonreír. Tanta altanería le cansaba, pero creyó más sensato permanecer en silencio.

Y es que todo el mundo sabe que el miedo no huele. No huele a nada. Tampoco hace ruido. Es inodoro, silencioso y dúctil, y así nos penetra, sin encontrar resistencia, hasta tocarnos el alma desprevenida y rebotar en cada hueso con un sonido de vidrios rotos. El miedo es lo que hay de verdad en el fondo de muchas razones. Es motivo y es respuesta, y el principio del

«todo vale». El miedo es una película de aceite que lo apaga todo y nos deja en desabrigo, acompañados tan solo por un repique obstinado de latidos en la sien.

Era Simón el que tenía miedo y Mahmud lo sabía. Aquellas calles solo olían a anís.

—Vamos al bazar, igual allí alguien sabe decirnos algo. Podríamos hacer correr la voz.

A Simón le gustaba dirigir, decidir sin contar con nadie, sentirse al mando. Disfrutaba esa parte de sinrazón que encontraba en la posesión de autoridad, aun cuando solo fuera para desplegarla sobre las decisiones más nimias.

—Vamos. —Era temprano y Mahmud aún no tenía ganas de discutir.

Se dirigieron al bazar esquivando el alboroto y el trajinar de cabras, mulas y gente que, aprovechando que las cosas estaban más calmadas, habían comenzado a bajar de sus refugios en las montañas.

# Razones

---

Hacía ya varias semanas que María había desaparecido, pero Simón se aferraba con obstinación a un rastro más imaginado que cierto, pues la sola idea de no encontrarla, y de paso fallarle a Ulises, le llenaba el estómago de mariposas carnívoras.

María era la chica de Ulises y este, acostumbrado a manejar bien sus posesiones, le había pedido a Simón que la trajera de vuelta. «Necesito que la convenzas. Seguro que si te lo propones, puedes hacerla regresar». Una afirmación, hecha un par de meses atrás, que quizá solo fue un comentario de bar cuando a la tarde ya le han caído cervezas de más, pero que Simón interpretó como una clara llamada a la redención.

Ulises le confiaba algo y aquello le daba la oportunidad de desplegar, de poder por fin mostrar a todos en qué clase de tipo se había convertido. Alguien importante, con un buen puesto desde el que manejaba plata y decidía los destinos de tantos. Un comisio-

nado de una agencia humanitaria internacional, y no uno cualquiera, que por eso lo habían destinado allí, a Afganistán, a ese punto caliente, donde se cocían tantas cosas; donde las discusiones salían de los salones para transcurrir en lugares donde era probable acabar con los pies embarrados; donde la muerte ya no era solo un número que descabalaba los balances torciendo el gesto de algún estadista, sino algo más orgánico, más palpable y, desde luego, con más olor. Un lugar donde seguro que nadie mandaría a los niños gorditos y pusilánimes, poseedores de infancias inapropiadas en las que era difícil sobrevivir al patio sin que alguien te arrancara de las manos el bocadillo de queso. Un lugar donde todo el mundo sabía que solo se mandaba a los tipos capaces, con la frialdad y el oficio necesarios. A los hombres de verdad.

Y tantas veces había tratado de explicarle esto a sus antiguos compañeros encontrando solo indiferencia que, cuando Ulises le contó que María se había marchado a Kabul, a la misma ciudad donde él trabajaba, cuando le pidió ayuda para recuperarla, pensó que el destino le tendía un cable. Quizá con un poco de suerte podría encontrarla, convencerla y mandarla de vuelta a sus brazos. Qué ocasión. Eso sí que podría apuntárselo como un éxito y no todos aquellos asuntos interminables y absurdos en los que sentía que dejaba escapar sus días, ocupándose de gente anónima, de problemas que no conseguía compartir y de los que no lograba sentirse parte, de logros y fracasos que ocurrían tan lejos de casa que a nadie le im-



portaban. Y es que sin público, sin aplauso, le resultaba difícil encontrar satisfacción. Porque él lo que de verdad quería era triunfar en el bar de su pueblo.

Como todo el mundo.

Pero ahora, fuera de la ciudad, recorriendo pueblos de montaña, persiguiendo un rastro que se diluía, veía que la oportunidad se le escapaba, y volvía a sentir el fracaso, de nuevo como cuando era niño, fiscalizado por unos compañeros con los que apenas conservaba el contacto, ocupado como andaba cada uno en recorrer su propia vida, pero que por alguna razón sentía aún presentes, como la trama visible de un guion barato, para dar un veredicto a su necesidad de redención.

Y es que uno no consigue nunca desprenderse del todo de algunos posos de pasado. Y los tipos grandes del patio de la escuela son poso.

O al menos lo eran para Simón.

Por eso, cuando perdió el rastro de María en la ciudad y pensó que esta se había marchado a las montañas, Simón decidió ignorar sus temores y salir a buscarla sabiendo que tenía por delante un camino tan oscuro como incierto. Por esa necesidad de sacudirse de una vez por todas las sombras del patio.

Y fue por eso por lo que cuando, al salir de la ciudad y toparse con los milicianos del control, se dispuso a aguantarles la mirada sudando de miedo pero procurando dar ese tono justo de desafío, que no ofende

pero que borra cualquier sombra de sumisión, y que es el necesario para que los hombres del Norte, recios y con poco tiempo ni ganas para entender matices, te consideren también un hombre y te dejen traspasar sus líneas y cruzar el desfiladero, incapaces de reconocer al tipo comedido y menguado que realmente eres, incapaces de olfatear tu temor al cruzar la frontera y adentrarte, vacilante, en territorio comanche.

Aunque tal vez Simón quería seguir esforzándose en pensar que esa era la razón para no tener que aceptar que, de un tiempo a esta parte, cada vez que pensaba en María sentía como si los pies se le hundieran en la arena.

# Bazar

---

El bazar, un mar de olores y ruidos. Caminar con los pies llenos de un fango pegajoso y distinto y la sensación de saberse diferente. Sintiendo las miradas de tantos en la nuca y en ese rastro que vamos dejando y nos va delatando, contando a gritos lo que somos. Y no poder evitar que todos nos vean así, vulnerables, pequeños, sin esa anhelada seguridad de tipos compactos, de los que ya tienen resuelto el problema de su propia importancia y por eso apenas necesitan pensar en ella.

Un bazar de barro y orines en un pueblo que huele a anís, y en él, el extranjero, menudo, casi mínimo, bañado en su susto y su pretendida soberbia. Y es que el bazar es la fortaleza de los otros y tú allí no eres nadie, y te toca andar con los pies pesados, con ese fango pegado a las suelas de tus botas, caras, impermeables, compra de última hora a un afanado dependiente de una tienda especializada en ropa de montaña, allá en tu ciudad, que te aseguró que no te entraría ni el agua ni el frío, pero que no acertó a mencionar que no impedirían que se te pegara el barro en el alma y que el olor de orines te traspasase la piel.

Y ellos te miran divertidos, sabedores de tu miedo, que solo hace falta fijarse en tu forma de andar, con pasos cortos y titubeantes, para darse cuenta de que el pez está fuera del agua y solo sabe ser pez; solo quiere ser pez; solo puede ser pez.

Simón, ajeno a las miradas, insistía recorriendo el bazar con su cantinela de preguntas de rastreador barato. «Una chica morena, de ojos verdes, quizá con una cámara de fotos».

Mahmud se encontraba incómodo con el pez y le habría gustado explicarle una vez más que esas preguntas no tenían sentido, que en el bazar todas las chicas eran iguales, que nadie sabía a quién veía o dejaba de ver, que no eran más que velos azules. Que en un lugar así no había sitio para las mujeres sin cubrir. Menos aún para una que anduviera de viaje con una cámara en ristre.

Además, de alguna manera, Mahmud intuía que María estaba jugando precisamente a eso, a no dejarse ver, así que aun suponiendo que anduviera por allí era poco probable que la encontraran. Pero esto no se lo dijo al pez, porque el pez escuchaba poco, pero pagaba bien y puntual y aquel era un dinero que se ganaba fácil, sin necesidad de romperse uno la espalda cargando sacos. Además, tampoco era su primer pez y Mahmud creía saber cómo manejarlo, así que repitió un poco más, alrededor, aquella cantinela de la chica morena, de ojos verdes, hasta que el pez se convenció por sí solo y decidió que era hora de plegar velas y buscar algún lugar donde pasar la noche.

—Mañana nos acercamos más temprano a ver si así, con menos algarabía... —dijo Simón poco dispuesto a ir cerrando puertas.

Mahmud asintió de nuevo, sin apenas mirarlo.

Estaban cerrando las tiendas y empezaba a atardecer. Al dirigirse a la salida del bazar, el pez metió el pie en un charco con más mierda que agua y se agitó incómodo. Para entonces, Mahmud ya había alcanzado la entrada y lo esperaba.

# Ulises

---

El invierno lo desasosiega. Madrid es una ciudad buena para las primaveras y los otoños, pero el resto del año es mejor emigrar. Su padre solía decir algo así y Ulises no deja de darle la razón, sobre todo en días como este, en los que todo parece pesarle de más.

Camina calle abajo escogiendo con cuidado la acera de sol. Aunque amaneció nublado, hay momentos en que alguna mancha de luz se filtra por los claros y a Ulises le gusta jugar a atraparlas con el rostro. Cuando lo consigue, cierra los ojos y se detiene el tiempo justo para sentir el calor traspasándole la piel e imaginarse a sí mismo en otro lugar, en otro invierno, tal vez, pero, en cualquier caso, lejos de aquí. Después continúa su camino conservando un buen rato esa sensación en la boca y cada vez más convencido de que su padre tenía razón. De Madrid, en invierno, hay que emigrar.

Hace ya meses que María se ha ido, pero aún hay demasiada nitidez en sus recuerdos. Demasiada y moles-

ta. El momento en que todo saltó por los aires, el exceso de violencia, el portazo, los llantos, las cosas dichas sin querer y las cosas no dichas y que ahora le obsesionan. Lo inoportuno que fue casi todo. Repasa una y otra vez las últimas discusiones y les da distintos tonos, distintos finales. Se aburre de pensar en ello, pero no puede sacárselo de la cabeza. No puede sacarse a María, que ahora, inesperadamente, lo perturba y lo angustia. Solo durante el sueño se deja ir, mientras imagina mundos de agua, océanos sin ruido donde descansa oyendo apenas su boquear; pero al despertar ella está ahí, impertérrita, distante, como una presencia sin fisuras a la que parece que ha dejado de importarle encontrar respuestas a la supuesta lista de agravios, a los porqués de las heridas.

Y es que eso es una obsesión. Algo que te aguarda fuera del sueño esperando a que abras los ojos para asaltarte y llenarte el día con su presencia, apenas dejando espacio para nada más que darle una y mil vueltas a las mismas escenas. Y Ulises está obsesionado. Para su sorpresa, pues nunca pensó que pudiera pasarle algo así. Nunca imaginó que las cosas se le pudieran ir tanto de las manos.

# Hechizo

---

Recuerda su primer encuentro, entonces creyó que fortuito. Fue en el Comercial, después de semanas de rondarse, de mantener el juego, la cuerda tensa sin que ninguno de los dos se decidiera a dar el paso, a romper el hechizo y llenarlo de cotidianeidad.

Ella venía de su clase de canto. O al menos eso le dijo. Él, de reojo, la vio acercarse y, con pretendida indiferencia, la invitó a un café tratando de sonar desgano para evitar que ella le adivinara la urgencia. María aceptó sentarse con la excusa de la lluvia, aunque también inventando una falta de tiempo, un montón de cosas que hacer y unas prisas que tampoco eran ciertas. La dosis de farsa siempre presente al principio de las buenas historias y que había que medir con cuidado para no echarlo todo a perder, más ahora que estaban a punto de romper los hilos que sostenían el hechizo antes de dejarse envolver por él.

Pero trajeron el café y María no se fue, y empezó a llover de nuevo. Y después tomaron otros sin que ninguno de los dos reparara ya en la lluvia. Y al final de la tarde ya se habían olvidado de la farsa. Y las volutas



del humo de la taza en las mejillas de María la hacían parecer soluble, o al menos así la veía él, de pronto bañado de confusión. Y en los días que siguieron, no hubo más que cafés y más cafés, y volutas de humo encerrando sensaciones líquidas, y lluvia casi siempre a deshora, marcando un repiqueteo de fondo al comienzo de una tibieza que hubo de durarles varios inviernos.

Y así, Ulises amó a María. Y pensó que la querría toda la vida.

Pero un día María le vino pequeña. Le faltaban las burbujas, no le provocaba chispazos en el estómago y decidió terminar. Al principio se sintió liberado, recuperó el aire que le faltaba y el tiempo para sentirse solo. Pero luego el no verla, la falta de insistencia de ella, su desaparición y el imaginarla quién sabe dónde, en qué brazos, en qué tibiezas, le ponía enfermo. La añoraba, la quería cerca para poder decirle que ya no la quería, pero ella no estaba. Y quería entonces decirle que sí, que la quería, y que la quería cerca para poder decírselo. Pero ¿dónde estaría María?

La cuesta desemboca en una calle principal y de pronto Ulises se ve envuelto en una confusión de tráfico estancado, bocinas urgentes e impaciencia. A la vuelta de la esquina está El Siete, un garito clásico aunque un tanto mugriento, donde ha quedado en verse con Montero.